

CONTRATAPA

Sobre esto y aquello

El Uruguay feudal

EL ESTADO, EL TAN MENTADO ESTADO URUGUAYO, FAMOSO POR SU GRAN TAMAÑO, YA NO EXISTE. O SÓLO EXISTE VIRTUALMENTE. LO QUE LA REALIDAD HOY NOS MUESTRA SON PEQUEÑOS FEUDOS ESTATALES

Por Ramón Díaz

Según la Constitución de la República, artículo 3°, ésta "jamás será el patrimonio de persona... alguna". En el Uruguay de hoy eso no se cumple.

Y es algo más que metafóricamente que ello puede afirmarse. Vivimos una fragmentación de la soberanía, que fue la característica del feudalismo. El fenómeno histórico así llamado lo percibimos cuando, allá por el siglo X, fueron levantándose las tinieblas que una centuria antes habían descendido sobre los reinos bárbaros, herederos del Imperio Romano, incluso el Imperio Carolingio, cuando la civilización que allí había florecido se extinguió con el cierre del Mediterráneo a la navegación cristiana por obra de los sarracenos, y las depredaciones que sacudieron a Europa Occidental por obra de invasores que venían del norte y del este. Bajo el impulso del terror y la miseria, hombres y mujeres dejaron las ciudades y, diezmados, fueron a refugiarse a la sombra de las murallas de un señor feudal, quien, cuando tocaran a saqueo, podía bajar su puente levadizo y dejarlos guarecerse en el recinto de su castillo a cambio de que ellos se convirtiesen en sus vasallos y trabajasen sus tierras, a la vez que las que él les dejaría labrar para ellos mismos. La soberanía de los estados de un siglo atrás se había pulverizado. Ahora el poder central no existía más y gran número de señores eran los auténticos soberanos, cada uno en su pequeño feudo. Y si alguien se llamaba aún rey en los viejos reinos, su titularidad era sólo teórica.

El proceso uruguayo tiene mucho de semejante, en cuanto a la fragmentación de la soberanía. También exhibe diferencias. Los feudos no son pedazos del territorio del antiguo reino, sino trozos de la vieja institucionalidad. El Estado, el tan mentado Estado uruguayo, famoso por su gran tamaño, ya no existe. O sólo existe virtualmente. Lo que la realidad hoy nos muestra son pequeños feudos estatales, bolsones de poder, que operan autónomamente, no en el sentido clásico, de escapar a la influencia indebida del Ejecutivo, sino en la de haber sustituido al poder central. Los nombres de los feudos uruguayos hoy son: ANCAP, Poder Judicial, ANTEL, UTE, ADEOM, Universidad de la República, etcétera.

El caso de ANCAP es paradigmático. El presidente de la República declaró que, importando destilados del petróleo en vez de producirlos en La Teja, podríamos rebajar los combustibles en

un 20% y, concordantemente, designó un nuevo presidente, con venia del Senado, conforme con seguir por este camino, para reemplazar al anterior, que era el promotor del proyecto de ampliar la refinería actual a un costo estimado de US\$ 140 millones. La pérdida para el país de autoabastecerse es, según el reciente informe de CERES, de US\$ 270 millones al año. ¿Quién puede dudar de la conveniencia de la medida propuesta por Jorge Batlle?

Nadie, pero en todo caso, si alguien pudiese oponerse, sería el Parlamento, en un régimen constitucional como el nuestro, en que los ministros pueden ser censurados por él. Pero, antes de que el Legisla-

tivo pudiese resollar, los trabajadores del ente han salido a la calle y han realizado una ruidosa manifestación para repudiar el proyecto junto al edificio de la empresa. Rebotando indignación. Sin argumentos—¿quién podría controvertir que a Uruguay le conviene más importar que producir él mismo?—pero de todos modos destempladamente. Es que el presidente se quiere meter en su feudo, y ellos están dispuestos a resistir. Y emitieron la 2ª Doctrina de Monroe: "ANCAP para los ancapianos".

El presidente se toma más en

serio el cargo que tiene de lo que la realidad uruguaya autoriza. ¿Acaso cuando al presidente de ANTEL se le ocurrió en el período de gobierno pasado construir una gran torre "en el medio de la nada", como dijo Ruth Richardson—sí, la misma ex ministra neozelandesa que consideró a la torre un "monumento a la estupidez"—el primer mandatario de la época no respetó la soberanía de ANTEL? Tuvimos que aumentar nuestro déficit global en el peor momento, para absolutamente nada útil, pero, cada uno tiene su feudo y cada uno manda en él. Sí, es cierto que la Constitución dice otra cosa, y según su tenor el Ejecutivo puede controlar la conveniencia de la gestión de los

entes. Pero eso ya fue.

El feudalismo medieval fue el hijo de la violencia y consiguiente caída de la civilización, y nuestro caso no difiere mucho de él. La Universidad de la República paralizó su trabajo a mediados de año, tomando de rehenes a los estudiantes que querían trabajar, para obtener más recursos, tal vez para despilfarrarlos como este año. El Parlamento no tenía fondos para dárselos, pero ante la violencia se rindió. Habrá que endeudarse peligrosamente más, pero los hechos son los hechos. ¿Quién manda, entonces, en el país? ¿Alguien puede dudar de que el presidente de la República y el Poder Legislativo no son los que mandan? ¿Habrá quien niegue que el país está feudalizado?

Los trabajadores del Poder Judicial cuelgan sus manifestos en las paredes de los juzgados. La Suprema Corte, obviamente, no puede autorizarlo. No menos evidentemente, no puede evitarlo. Uno de los carteles me pareció muy interesante. Era una proclama en términos de Sí y No. Sí a esto y aquello. No a lo otro y lo de más allá. Una de las líneas decía: Sí a la atención cortés y diligente al público y a los profesionales, a través de mejores condiciones de trabajo. Sin comentario.

El caso de ADEOM es el más claro de todos. El sindicato y el intendente son del mismo partido. Sin embargo, están enzarzados en una gresca colosal. Las invectivas surcan el aire como las granadas en un duelo de artillería. ¿Cómo es posible que, dentro de un mismo partido, no prevalezca la razón y en su lugar reine también la fuerza? Pues, porque el arte de la persuasión se pierde en los períodos violentos, como lo fue el feudal de entonces, como lo es el feudal de ahora. No bien surge una diferencia, se pone la lanza en ristre o se desenvaina la espada.

Es nuestra Edad Oscura. ¿Hay algún resplandor en el horizonte? Por ahora no se avizora ninguno. No parece cosa fácil superar nuestra afligente condición. La Cristiandad zafó del feudalismo a través del progreso económico, sobre todo cuando en el siglo XI logró abrir nuevamente al Mediterráneo para su comercio. Las ciudades volvieron y la civilización (palabra que viene de *civitas*, ciudad) refloreció a partir de ellas. El obstáculo para nosotros reside en que el feudalismo opone al progreso económico sus fosos y sus murallas, sus arcos y sus flechas, con notable ahínco. Quizás, ojalá, el desenlace de la cuestión ANCAP deje entrever algún resquicio en las tinieblas. El milenio que viene les cuento.

